

Y Svidrigaylof continuó su marcha hacia el Mercado del Heno .

IV

Rascalnikof le siguió .

—¿Qué significa esto?—exclamó volviéndose hacia él, Svidrigaylof.—¿No os he dicho?... .

—Esto significa que estoy decidido á acompañaros.

—¿Cómo?

Ambos se detuvieron y durante unos momentos se midieron con la vista.

—En vuestra semiborrachera—agregó Rascalnikof, —dijisteis lo suficiente para convencerme de que, lejos de haber renunciado á vuestros odiosos proyectos contra mi hermana, os preocupan hoy más que nunca. Sé que esta mañana recibió Dunia una carta. No habéis perdido el tiempo desde que llegasteis de San Petersburgo. Acaso en vuestras idas y venidas hayáis encontrado una mujer; pero eso nada significa. Deseo asegurarme personalmente....

—¿De qué? ¿No hubiera podido decirlo?

—¿De veras? ¿Queréis, por lo visto, que llame á la policía?

—¡Llamadla!

De pronto se detuvieron el uno frente al otro. El rostro de Svidrigaylof cambió súbitamente de expresión. Viendo que la amenaza no intimidaba á Rascalnikof, tomó de repente el tono más amistoso y más alegre.

—¿Qué chuseo sois! Expresamente no hablé de vuestro asunto, no obstante la curiosidad muy natural que en mí despierta. Quería dejar esto para otra ocasión; pero, en verdad, á un muerto le haríais perder la paciencia. Vaya, venid conmigo. Pero os advierto que no voy á mi casa sino para tomar dinero. En seguida asdré, tomaré un coche y me iré á pasar la noche en las Islas. ¿Qué necesidad tenéis de seguirme?

—No voy á vuestra casa, sino á la de Sofía Semenovna: debo excusarme de no haber asistido á las exequias de su madrastra.

—Como gustéis: pero Sofía Semenovna está ausente. Ha ido á llevar á los tres niños á casa de una anciana á quien conozco hace mucho tiempo y que tiene influencia en varios asilos de huérfanos.

—Pasaré, de todas maneras, por su casa.

—Dueño sois de hacerlo, pero yo no os acompañare. ¿Con qué objeto? Decid. Estoy seguro de que, si desconfiáis de mí, es porque hasta la fecha tuve la delicadeza de no molestaros con preguntas enojosas. ¿Adivináis á qué aludo? ¡Apostaría á que mi discreción os ha parecido extraordinaria! Sed delicado para que tengáis esta recompensa.

—¿Llamáis delicado al hecho de escuchar tras de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya había echado de menos esa observación—respondió riendo Svidrigaylof.—Si creéis que no está permitido escuchar detrás de una puerta, y os figuráis que se puede asesinar al antojo, como los magistrados acaso no sean de vuestra opinión, lo mejor que podíais hacer es huir pronto á América. ¡Marchaos pronto, joven! ¿Quizá estéis á tiempo todavía! Os hablo

con toda sinceridad. ¿Acaso os falta dinero? Yo os daré lo que necesitéis para el viaje.

—No pienso huir—agregó con disgusto Rascolnikof.

—Comprendo: os preguntáis si obrasteis con arreglo á la moral, como cumple á un hombre y á un ciudadano. Pero debisteis decirlo mucho antes. En la actualidad, la pregunta es algo intempestiva. ¡Ja, ja! Si creéis haber cometido un crimen, daos un tiro; ¿verdad que tenéis deseos de hacerlo?

—Me parece que tratáis de disgustarme, con la esperanza de que os libre de mi presencia.

—¡Qué original sois! Ya hemos llegado. Tomaos la molestia de subir la escalera. Aquí tenéis la puerta del aposento de Sonia Semenovna. Ved cómo no hay nadie. Vamos á mi cuarto. ¿No tenéis intención de hacerme una visita? Mirad: tomo de mi bufete un título del cinco por ciento. ¡Ved cuántos me quedan todavía! Este quedará gastado hoy mismo. ¿Habéis visto bien? Nada tengo que hacer aquí ya. Cierro mi escritorio, cierro la puerta de mi cuarto, y henos en la escalera nuevamente. Si queréis, tomaremos un coche; voy á las Islas. ¿No os agrada un pequeño paseo en coche? Ya lo oís; mando al cochero que me lleve al puente de Elaguin. ¿No queréis venir? ¡Vaya, no os hagáis rogar! Amenaza lluvia; pero, ¿qué importa? Levantaremos la capota....

Svidrigaylof estaba ya dentro del coche. Por mucha que fuera la desconfianza de Rascolnikof, no le parecía de tal índole aquella celada que pudiese peligrar un ser humano.

Sin responder palabra, dió media vuelta y se en-

camino hacia el Mercado del Heno. Si hubiera mirado atrás, habría podido ver cómo Svidrigaylof, después de andar cien pasos en el coche, descendía del carruaje y pagaba al cochero. Pero el joven caminaba sin volver la cabeza.

Pronto volvió la esquina. Como siempre que iba solo, no tardó en caer en una profunda meditación. Al llegar al puente, paróse ante la balaustrada y fijó atentamente la vista en el canal. En pie, á poca distancia de Rascolnikof, Advotia Romanovna le observaba.

Al subir al puente había pasado junto á ella, pero no la había visto.

Advotia, por su parte, experimentó un sentimiento de inquietud al reparar en su hermano. Quedó inmóvil un instante, pensando si le llamaría ó no. De pronto vió á Svidrigaylof, que se dirigía rápidamente hacia ella.

Pero éste parecía avanzar con prudencia y misterio.

No subió al puente; se detuvo en la acera, procurando que no le viese Rascolnikof.

Hacía mucho tiempo que había visto á Dunia y que le hacía señas.

La joven creyó comprender que, al llamarla, le rogaba que no se hiciera ver de su hermano.

Dócil á aquella invitación muda, Dunia se alejó cautelosamente de su hermano y acercóse á Svidrigaylof.

—Vamos pronto—díjole éste, en voz baja.—Quiero que Rodion Romnovitch ignore nuestra entrevista. Os prevengo que ha ido á buscarme y ha estado conmigo en un café, no muy lejos de aquí; me ha costado mucho

trabajo desembarazarme de él. Sabe que os he escrito una carta, y sospecha algo. Seguramente que no le hablasteis vos. ¿Quién, entonces?

—Hemos vuelto la esquina; mi hermano ya no puede vernos—le interrumpió Dunetchka.—Os advierto que no pasaré de aquí. Decidme lo que tengáis que confiarme; se puede hablar mucho en medio de la calle.

—En primer lugar, no es lugar éste, muy á propósito para semejantes confidencias; además, debéis oír también á Sofía Semenovna; por último, es menester que os muestre ciertos documentos.... Para concluir: si no consentís en acompañarme, renuncio á decir os nada y me retiro en este momento. Por otra parte, no olvidéis, os lo ruego, que un secreto interesantísimo, y que afecta á vuestro muy querido hermano, se halla en mi poder.

Dunia se detuvo indecisa y clavó una mirada en Svidrigaylof.

—Aun cuando sé que sois un hombre.... sin honor, no me inspiráis ningún miedo. Vamos á vuestra casa—dijo en tono tranquilo, que desmentía la palidez de su rostro.

Echaron á andar; llegaron. Svidrigaylof introdujo á Dunia en su habitación, y ambos se sentaron ante la mesa, á una distancia respetuosa.

—He aquí vuestra carta—comenzó ella.—¿Es posible lo que escribisteis? Dais á entender que mi hermano ha cometido un crimen. Vuestras insinuaciones son demasiado claras; no tratéis, pues, de recurrir á subterfugios. Sabed que antes de vuestras pretendidas revelaciones, había ya oído hablar de ese cuento absur-

do, del que ni una sola palabra merece mi crédito. Lo odioso no cede en este asunto sino á lo ridículo. Estas sospechas me son conocidas, y no ignoro quién las suscita. No podéis tener ninguna prueba, y habéis prometido probar. ¡Hablad, pues! Pero os prevengo que no os creeré.

—Si no me creyeráis, ¿hubieseis venido á mi habitación? ¿Para qué vinisteis entonces? ¿Por pura curiosidad?

—¡No me atormentéis! ¡Hablad!

Svidrigaylof explicó lo que oyera desde su aposento, de las conversaciones entre Sonia y Rascolnikof.

—¡Eso es imposible!—balbucearon, al oírle, los temblorosos labios de Dunia.—¡Robar él! Ya le conocéis, ya le visteis. ¿Os parece un ladrón?

—Esta categoría, Advotia Romanovna, encierra un infinito número de variedades; en general, los rateros tienen conciencia de su infamia. Pero.... ¿á dónde vais?

—Quiero ver á Sofía Semenovna. Cuando subimos aquí no estaba; pero habrá regresado ya, y quiero verla. Es preciso que ella....

No pudo acabar; la pobre se ahogaba.

Según todas las apariencias, Advotia Romanovna no estará de vuelta hasta la noche. Su ausencia debía ser corta; mas puesto que aún no ha regresado, será probablemente muy tarde....

—¡Ah, luego mientes! Me dijiste que sabías que estaba.... ¡y no está! ¡No te creo, no!—exclamó Dunia, en un acceso de cólera que le quitaba toda posesión de sí misma.

Casi desmayada, la infeliz se desplomó sobre una

silla que Svidrigaylof se apresuró á poner debajo de ella.

—Advotia Romanovna, ¿qué tenéis? Recobra el ánimo. Aquí tenéis agua. Bebed.

La echó agua en el rostro, y la joven volvió en sí.

—Ha producido efecto—se dijo Svidrigaylof.—Vuestro hermano tiene amigos. Le salvaremos, le sacaremos del conflicto. ¿Queréis?

—¡Malvado! ¡Todavía se burla! ¡Dejadme!.....

—¿A dónde queréis ir?

—En su busca. ¿Dónde está? ¿Lo sabéis? ¿Por qué no está abierta la puerta? Por ella entramos, y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo la cerrasteis?

—No era necesario que todo el mundo se enterase de lo que aquí hablamos. En el estado en que os halláis, ¿para qué ir en busca de vuestro hermano? ¿Queréis perderle? Es preferible que nos sentemos y que veamos el modo de salvarle. Para esto os traje aquí. Sentaos.

—¿Cómo lograréis salvarle? ¿Es posible eso acaso?

Dunia se sentó. Svidrigaylof tomó asiento á su lado.

—Todo depende de vos, sólo de vos—respondió, en voz baja.

Sus ojos resplandecían, y su agitación era tal, que apenas podía hablar.

—¡Vos!... ¡Una sola palabra vuestra..... y todo está salvado!—continuó, temblando.—Yo..... le salvaré. Tengo dinero y amigos. Inmediatamente le haré salir para el extranjero, le procuraré un pasaporte. ¿Queréis?..... También tomaré pasaporte para mí, para vos, para vuestra madre. ¿Qué os importa Razumikin? Mi amor vale tanto como el suyo..... Os amo

infinitamente. ¡Dejadme besar vuestros pies! ¡Os lo ruego! El sólo rumor de vuestra falda me pone fuera de mí. Mandad; ejecutaré vuestras órdenes, sean las que fueren. Haré lo imposible. Vuestras creencias serán las mías. ¡No me miréis así! ¿No veis que me matáis?

Comenzaba á delirar. Hubierase dicho que empezaba á estar loco. Dunia saltó hacia la puerta, que empezó á sacudir con todas sus fuerzas.

—¡Abrid! ¡abrid!—gritó, esperando que alguien la oyese de fuera.—¡Abrid! ¿Acaso no hay nadie aquí?

Svidrigaylof se levantó. Había recobrado en parte su sangre fría. Una sonrisa amargamente burlona vagaba por sus labios, todavía temblorosos.

—No hay nadie aquí—dijo lentamente.—Mi patron ha salido, y vuestro trabajo es inútil.

—¿Dónde está la llave? ¡Abre la puerta en seguida! hombre vil!

—He perdido la llave.

—¡Ah, ha sido una acechanza!—vociferó Dunia, yendo á colocarse tras de una mesa, que utilizó como una trinchera.

—¡Acechanza, sí! Ya debíais pensar, Advotia Romanovna, que tenía tomadas mis medidas. Y que si os querelláis, vuestro hermano será quien pierda. Por otra parte, nadie os creará; todas las apariencias condenan á una joven que va sola á casa de un hombre. De consiguiente, aun cuando os resolvierais á sacrificar á vuestro hermano, nada podríais probar; es difícil la prueba de una violación.

—¡Miserable!—dijo Dunia en voz baja, pero llena de indignación.

—Sea; pero notad que hasta aquí razoné simplemente bajo el punto de vista de vuestra hipótesis. Personalmente soy de vuestra opinión, y creo que la violación es un crimen abominable. Cuanto dije fué para tranquilizar vuestra conciencia, en el caso en que vos..... consintierais en salvar á vuestro hermano. Podéis deciros que sólo cedisteis á las circunstancias, á la fuerza, si es absolutamente preciso emplear esta palabra. Meditad, pues; la suerte de vuestro hermano y la de vuestra madre se hallan en vuestras manos. Yo seré vuestro esclavo..... toda mi vida..... Esperaré aquí.....

Y sentóse en el diván, á ocho pasos de Dunia.

La joven no dudaba que la resolución de Svidrigaylof era inquebrantable. Le conocía.

De pronto sacó un revólver, levantó el gatillo y lo puso sobre la mesa, al alcance de su mano.

Svidrigaylof exhaló un grito de sorpresa é hizo un repentino movimiento de avance.

—¡Ah, vamos!—dijo, con siniestra sonrisa.—La situación cambia por completo. ¡Me quitáis un trabajo, Advotia Romanovna! Pero, ¿dónde os habéis provisto de ese revólver?

—¡Si dais un paso más, juro que me mató!

—Bueno. ¿Y vuestro hermano? Por curiosidad os hago esta pregunta—dijo Svidrigaylof, siempre de pie en el mismo sitio.

—¡Denúnciale, si quieres! ¡No avances, ó disparo! ¡Envenenaste á tu mujer, lo sé; tú también eres un asesino!

—¿Estáis segura de que envenené á Marfa Petrovna?

—¡Sí!

—Pues aun cuando fuera verdad, por ti lo hubiera hecho..... Luego tú fuiste la causa.

—¡Mientes! Yo siempre te aborrecí, siempre.....

—¿Miento? Sea, miento. Las mujeres no gustan de que se les recuerden ciertas cosillas—agregó, sonriendo.—Sé que tirarás, monstruo hechicero. ¡Cuanto antes, pues!

Dunia le apuntó, no esperando sino el instante para disparar.

Mortal palidez cubría el rostro de la joven; sus labios temblaban de cólera, y sus grandes ojos negros llameaban.

Nunca Svidrigaylof la había visto tan bella.

Avanzó un paso y retumbó un disparo.

La bala le rozó los cabellos y fué á penetrar en la pared.

Svidrigaylof se detuvo.

—¡Una picadura de avispa!—dijo, riendo un poco.

—¡Apunta á la cabeza!..... ¿Qué es esto? ¿Sangre? Sacó su pañuelo para atajar un hilo de sangre que corría á lo largo de su sien derecha. La bala había rozado la piel.

Dunia bajó el arma y miró á Svidrigaylof con una especie de estupor. Parecía no darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—No acertasteis. Probad otra vez; espero—prosiguió Svidrigaylof, cuya alegría tenía algo de satánica.

—Si tardáis, tendré tiempo de sujetaros antes de que os halléis en estado de poder defenderos.

—¡Dejadme!—dijo ella, desesperada.—¡Os juro que dispararé nuevamente, que os mataré!

—A tres pasos es imposible, en efecto, que no acer-
téis; pero si no me matáis.....

En los relucientes ojos de Svidrigaylof se pudo leer
el destello de su pensamiento.

Avanzó aún dos pasos más.

Dunetchka disparó. Se produjo gran llamarada.

—Cargasteis mal. Pero todavía hay remedio, aún
os queda una cápsula. Espero.

En pie y á un paso de la joven, fijaba en ella su mi-
rada, que expresaba la resolución más firme.

Dunia comprendió que se dejaría matar antes que
renunciar á su propósito.

¡Y le mataría indudablemente, pues se hallaba á dos
pasos de ella!

De repente arrojó el revólver.

—¡No queréis tirar!—dijo, asombrado, Svidrigaylof.
Y respiró prolongadamente.

El miedo á la muerte no era quizá el gran peso de
que su alma veíase libre. Sin embargo, difícil le hubie-
ra sido explicar la naturaleza del alivio que experimen-
taba.

Se acercó á Dunia y la cogió suavemente por el talle.

Ella no se resistió; toda temblorosa le miró con ojos
suplicantes.

Quiso hablar, pero su boca no pudo articular nin-
gún sonido.

—¡Suéltame!—rogó Dunia.

Oyéndose tutear, con voz que ya no era la de antes,
Svidrigaylof se estremeció.

—¿Conque no me amas?—preguntó en voz baja.

Dunia dijo que no con la cabeza.

—Y.... ¿no' podrás amarme?.... ¿Nunca?—con-
tinuó, lleno de desesperación.

—¡Nunca!—murmuró la joven.

Durante un momento, una terrible lucha tuvo lugar
en el alma de Svidrigaylof. Sus ojos se fijaban en Du-
nia con expresión inexplicable.

De repente retiró el brazo que rodeaba el talle de la
joven, y, alejándose de ella rápidamente, fué á colo-
carse ante la ventana.

—¡Aquí teneis la llave!—dijo, después de un mo-
mento de silencio, sacándola del bolsillo.—¡Tomadla
é idos! ¡Pronto!

Miraba obstinadamente por la ventana.

Dunia se acercó á él para tomar la llave.

—¡Pronto, pronto!—repitió.

No había cambiado de postura, no miraba á la per-
sona con quien hablaba; pero su orden era pronun-
ciada en un tono respecto á cuyo significado no había
lugar á duda.

Dunia cogió la llave, precipitóse hacia la puerta,
la abrió rápidamente y salió del aposento.

Un instante después corría como una loca á lo largo
del canal, dirigiéndose al puente.

Svidrigaylof continuó tres minutos ante la ventana.
Por fin se volvió lentamente, paseó su mirada en de-
rredor y se pasó la mano por los cabellos. Sus faccio-
nes, desfiguradas por una sonrisa extraña, expresaban
la más amarga desesperación.

Notando que tenía sangre en la mano, miróse la con
rabia; luego mojó una toalla y se lavó la herida.

El revólver arrojado por Dunia había rodado hasta
la puerta.

Lo recogió y se puso á examinarlo. Era un pequeño revólver de tres tiros y de sistema antiguo. Todavía le quedaba una cápsula.

Tras un breve momento de reflexión, guardó el arma en el bolsillo, tomó el sombrero y salió.

V

Hasta las diez de la noche, Svidrigaylof pasó las horas recorriendo tabernas y cafés y pagando consumaciones á cuantos conocía.

Hacia las diez estalló una gran tempestad. Svidrigaylof llegó á su casa calado hasta los huesos. Se encerró en su habitación, y abriendo el escritorio, sacó de él todo su dinero y rompió algunos papeles.

Cuando el dinero estuvo en su bolsillo, pensó en cambiar de ropa; pero como la lluvia no cesaba, juzgó que no valía la pena, y tomando el sombrero, salió, sin cerrar la puerta de su cuarto, yendo directamente al de Sonia, que ya había regresado.

—Sofía Semenovna--comenzó á decirle, una vez sentado.—Es probable que parta para América; y como, según toda probabilidad, no nos volveremos á ver, he venido á arreglar algunos asuntos. La suerte de vuestros hermanos queda asegurada. Aquí tenéis los recibos de las cantidades que entregué para ellos. Para vos, he aquí tres títulos del cinco por ciento, que representan una suma de tres mil rublos. Deseo que esto quede para entre nosotros, que nadie se entere de ello. Es-

te dinero os es necesario, Sofía Semenovna, porque no podéis seguir viviendo como vivís. Y ahora, hasta la vista—concluyó, sin escuchar las frases de agradecimiento de la joven.

Y se levantó.

Saludad de mi parte á Rodion Romanovitch. A propósito. Haríais bien en darle á guardar ese dinero al señor Razumikin. ¿Le conocéis? Es un buen muchacho. Llevádselo mañana..... ó cuando tengáis ocasión. Pero, de aquí á entonces, tratad de que nadie os lo quite.

Sonia también se había levantado.

Sentía grandes deseos de decirle algo, de hacerle alguna pregunta; pero se hallaba intimidada y no sabía por dónde empezar.

—De consiguiente..... ¿vais á ponerlos en camino con un tiempo tan malo?

—¿Puede preocupar la lluvia á quien se embarca para América? ¡Adiós, querida Sofía Semenovna! Vivid, y vivid mucho tiempo; sois útil á los demás. A propósito..... Saludad en mi nombre al señor Razumikin. No dejéis de hacerlo.

Cuando por fin se separó de ella, Sonia sintióse asaltada por un vago temor.

Aquella misma noche, Svidrigaylof hizo una visita singularísima é inesperada. A las once y cinco minutos se presentó en casa de los padres de su futura, so pretexto de despedirse de ellos, pues, según dijo, se ausentaba por algún tiempo de San Petersburgo. Entregó á su joven futura quince mil rublos, á título de donación que tenía intención de hacerle antes de casarse.